El camino del éxtasis: Paralelismos entre *Iter extaticum coeleste*, de Athanasius Kircher y *Primero sueño*, de sor Juana Inés de la Cruz

El presente ensayo tiene por objetivo profundizar en el papel que las ideas que el erudito alemán Athanasius Kircher tuvieron en la obra de sor Juana Inés de la Cruz, específicamente, en su poema *Primero sueño* (en adelante se cita esta obra con las siglas PS). Dos cosas se sacan en claro al echar un simple vistazo a la lista de obras de Kircher. La primera es la abundancia. El jesuita alemán escribió una cantidad impresionante de obras, aunque eso no es todo. El asombro del lector moderno estriba sobre todo en lo voluminoso de sus obras, las cuales constan, salvo algunas excepciones, de varios cientos de páginas de abigarrada prosa. Otra característica que contribuye a esta prolijidad lo constituye la importante colección de ilustraciones con que se publicaron sus libros. En efecto, la iconografía kircheriana ejemplifica el afán de la sociedad barroca por la divulgación de las ideas a través de imágenes o, mejor dicho, de la confluencia de signos visuales y verbales cuyo máximo representante es el género emblemático. Las ilustraciones de las obras de Kircher poseen una importancia enorme, pues señalan al lector las pistas semánticas para la lectura del libro entero. El frontispicio de *Iter extaticum coeleste*, por ejemplo, muestra al mismísimo Kircher al lado de un ángel—el Cosmiel de cuya existencia se percata luego el lector—encargado de mostrarle el universo entero dibujado en el fondo según el modelo de Tycho Brahe.

La segunda conclusión que se desprende del análisis de la lista de sus obras es su extraordinaria erudición. Según Joscelyn Godwin, Kircher era un autor renacentista en cuanto encarnaba el ideal de perfección del sabio total (5). En realidad, la personalidad de Kircher es una interesante mezcla de la erudición renacentista con la prolijidad barroca. Sus intereses iban desde la mecánica y el magnetismo a la historia y etnología de los pueblos. Aprovechaba sus contactos alrededor del mundo—esto es, sus hermanos de la Compañía que habían viajado como misioneros—para acumular cualquier información valiosa que más tarde solía incluir en sus libros. El mejor ejemplo de esta herramienta de trabajo lo constituye su *China monumentis*, donde recoge valiosos comentarios de misioneros jesuitas enviados al lejano oriente. En su iconografía aparecen hasta representaciones de dioses prehispánicos de México de cuya existencia supo gracias a sus nexos con los novohispanos.

Su libro más conocido fue *Oedipus Aegyptiacus* en el que trata de la civilización egipcia y de su enigmática escritura. De hecho, Kircher creyó haber descifrado los jeroglíficos egipcios. Lamentablemente, disoció el aspecto lingüístico de su interpretación en un afán por enfatizar la relación entre el antiguo Egipto con las doctrinas herméticas que, según él, habían sido el origen de los jeroglíficos. Por eso, aunque tuvo el mérito de haber establecido la relación entre el idioma copto con el egipcio de la época faraónica, su interpretación de los jeroglíficos resultó fallida, aunque hoy en día se le considera como uno de los precursores en ese campo.

La presencia de Kircher en Nueva España fue muy importante; así lo demuestra Ignacio Osorio Romero, en cuyo libro *La luz imaginaria* publica y analiza la correspondencia de Kircher con algunos intelectuales novohispanos entre los cuales se contaban Alejandro Fabián y Francisco Rodríguez. También Octavio Paz insiste en el hecho de que estos intelectuales leían y apreciaban las obras del jesuita alemán; entre ellos, Paz destaca a Carlos de Sigüenza y Góngora (238). En páginas previas se mostraron los fragmentos de la obra de sor Juana en donde se alude en forma directa a Kircher o a sus obras, pero ¿cuál fue realmente el papel que desempeñó intelectualmente el sabio alemán en la formación de sor Juana? Tras analizar el estado de la crítica anterior, Paz enfatiza y define el papel y la trascendencia del pensamiento kircheriano en sor Juana:

Para sor Juana la obra de Kircher fue una ventana por la que pudo asomarse a las especulaciones más osadas y a los descubrimientos de la nueva ciencia sin peligro de ser acusada de herejía. A través de Kircher, autor ortodoxo, vislumbró los vastos territorios que se extendían más allá de las fronteras trazadas por la Iglesia. (238)

Además de su hermetismo, de su pasión por la ciencia y del catolicismo ortodoxo que Paz le atribuye, Kircher tuvo, según Joscelyn Godwin, en muy alta estima la dicotomía entre lo esotérico y lo exotérico:

He realized that in every tradition there is an exoteric side and an esoteric side, and that the latter is invariably closer to the truth, and to other esoteric doctrines, with the result that fully half of *Oedipus Aegyptiacus* is devoted to an exposition of the theosophical systems of Zoroaster, Orpheus, Pythagoras, Plato and Proclus, and to the Chaldaean and Hebrew Cabbala. All of these he derived from the Egyptian

A JOURNAL OF THE CÉFIRO GRADUATE STUDENT ORGANIZATION

wisdom, which he believed to have been handed down in the Hermetic writings.
(17-18)

La cita anterior revela un interesante perfil de la personalidad intelectual de Kircher. Por un lado, se manifiesta ortodoxamente católico al tratar de conciliar la ciencia experimental con los dogmas oficiales mientras que por otro se entrega a especulaciones mediante las cuales une la sabiduría de los pueblos antiguos. La clave para comprender esta ambivalencia se encuentra en su concepto del paganismo. Para él, todos los pueblos paganos se relacionan unos con otros y su sabiduría proviene de la misma fuente: Egipto. Hasta los pueblos precolombinos, según él, tomaron en parte su sabiduría de allí. Para él esa sabiduría era valiosa en tanto Hermes Trismegisto—a quien consideraba autor de los escritos del *Corpus hermeticum*—había vislumbrado y predicado algunos misterios manifestados más tarde en el cristianismo, como la doctrina de la Trinidad. Sin embargo, no dejaban de ser simples aproximaciones paganas a la verdad que sólo se hallaba en el cristianismo católico.

Otro ingrediente no menos importante que se suma a la ya de por sí nutrida lista de carices filosóficos de Kircher es el neoplatonismo. Este sistema de pensamiento estuvo presente en el renacimiento y el barroco a tal punto que es difícil soslayar dicho tema al estudiar a cualquier autor importante del periodo, como lo señala Gómez de Liaño:

Como si temiese el áspero reproche de Platón, Kircher se esforzó toda su vida en integrar sus estudios particulares dentro de un sistema metafísico de raíz platónica, o, por mejor decir, neoplatónica, cuyos últimos representantes serían autores como Ficino, Pico de la Mirandola, Giordano Bruno, Juan de Herrera, John Dee, Robert Fludd y antes que todos ellos, un cardenal de la Iglesia tan eminente como el alemán Nicolás de Cusa. (14)

Se trata, en suma de los más reputados filósofos del renacimiento y el barroco. Sin duda, para Kircher considerarse dentro de las modas filosóficas de su época era toda una prioridad. ¿Cuáles fueron, pues, las tradiciones filosóficas del erudito alemán? Ésta es la respuesta del mismo Gómez de Liaño:

He aquí el sistema de pensamiento, la filosofía kircheriana: en bien proporcionada fusión, se nos presentan la teoría platónica de las ideas arquetípicas, la Unidad de Plotino, la música de los números del pitagorismo y la Cábala, el sincretismo de los textos herméticos, la escala luliana del ser y la teología del Pseudo-Dionisio

Areopagita. Es, sin duda, la última gran llamarada de la filosofía sincrética del Renacimiento, cuya exaltación de la Mente y del Mundo propició las investigaciones mundanas, el desarrollo de los estudios matemáticos y físicos, al tiempo que supo exaltar los valores de la imaginación y de la unión mística con la divinidad a través del amor. (23)

El sincretismo de Kircher no conocía fronteras. Por lo visto hasta aquí, para el jesuita alemán el ansia de conocer era más que una prioridad: era un modo de vivir, una actitud ante la vida y una filosofía propia. Esta misma actitud mostró sor Juana en su deseo insaciable de sabiduría y su enérgica defensa a su derecho de acceder a ella.

Más de treinta títulos publicados dan fe de la abundante producción de Kircher, como ya se destacó. A esto hay que agregar las diversas ediciones de cada una de sus obras. La historia de las ediciones de *Iter extaticum coeleste* es hartamente interesante. La primera edición se publicó en Roma en 1656 con el título de *Itinerarium extaticum*. Un año más tarde apareció la segunda parte del libro con el título de *Iter extaticum II*. En la primera parte se narra el viaje extático de Teodidacto, personaje de ficción narrativa tras el cual se esconde el propio Kircher. En su viaje, Teodidacto es conducido por el ángel Cosmiel a través de las regiones celestes. La segunda parte, en cambio, es una exposición de la estructura y composición del suelo, el mar y el subsuelo, y sirvió como introducción a un libro posterior de Kircher publicado en Ámsterdam en 1665 titulado *Mundus subterraneus*.

Las dos partes del libro son de naturaleza muy distinta; la primera, es una obra ligada a la tradición de los libros de viajes del alma y de las obras de iniciación. Cuenta con los elementos principales del género: un personaje-aprendiz y un personaje-maestro, el cual ha de transmitir a su discípulo conocimientos esotéricos, esto es, vedados para la mayoría de los mortales. Así sucede, por ejemplo, en el *Sueño de Escipión* de Cicerón, donde el nieto recibe lecciones de su abuelo muerto acerca de más de una docena de disciplinas diversas entre las que se cuentan la astronomía y, aun más importante, le muestra sucesos por venir. No menos importante dentro del género es el *Poimandres*, uno de los textos del *Corpus hermeticum*, en el cual el protagonista recibe del Nous la sabiduría eterna y la revelación de las doctrinas herméticas. En el plano de la expresión, este género favorece el diálogo entre los interlocutores, con lo cual la obra de Kircher queda emparentada también con los diálogos antiguos, de los cuales los de Platón son el ejemplo más conocido. El argumento es sumamente sencillo: Teodidacto cae en un profundo sopor, que finalmente se

A JOURNAL OF THE CÉFIRO GRADUATE STUDENT ORGANIZATION

traduce en éxtasis, luego de asistir a un concierto de tres músicos. Durante su éxtasis se le manifiesta el ángel Cosmiel. Éste se encarga de conducirlo por su viaje a través de las esferas del cosmos. De esta manera, ambos recorren los diversos planetas y se detienen a contemplar su composición y estructura.

La segunda parte del libro conserva el mismo estilo dialógico, pero el periplo de los personajes se obstaculiza, como era de esperarse, por el cambio de escenario: ahora Cosmiel y Teodidacto se ubican en la tierra. Se introduce otro personaje de ficción: Hydriel, desdoblamiento de Cosmiel, y cuya misión consiste en explicar a Teodidacto todo lo relativo, claro está, al agua y sus propiedades. La abundancia de disquisiciones de carácter científico no cesa, aunque esta vez las disciplinas aludidas son distintas. La segunda parte se subdivide en tres grandes apartados, de acuerdo con la naturaleza del objeto de estudio: primero la superficie de la tierra, luego el mar y cuanto contiene, incluyendo a las diversas especies animales que lo habitan y, por último, el mundo subterráneo.

Por lo visto hasta aquí, las dos partes que conforman la primera edición de *Iter extaticum coeleste* sólo contaban con un lazo de unión: los personajes. Fuera de eso, el contenido y la naturaleza de los dos textos son muy distintos. Las dos partes difieren en el papel que desempeña el elemento literario. Mientras en la primera Kircher echa mano de los ingredientes principales del género de los viajes del alma, en la segunda, que sólo conserva el elemento dialógico, lo literario se traduce en factor meramente ancilar a la ciencia. Todo esto en cuanto a las ediciones romanas de la obra. Posteriormente se publicaron dos más. Una en 1660, en Würzburg y otra en 1671, en Nuremberg. En ambas el título es ya *Iter extaticum coeleste* aunque presentan una seria diferencia con las originales de Roma. Ambas son ediciones críticas elaboradas por Gaspar Schott, uno de los discípulos de Kircher. En el frontispicio de la edición de 1660—a la cual se alude en la mayor parte de este estudio a menos que se indique lo contrario—se lee: “*Iter extaticum kircherianum praelusionibus et scholiis illustratum schematibusque exornatum a Gaspar Schotto Societatis Jesu 1660*” [Itinerario kircheriano del éxtasis, ilustrado con introducciones y escolios, y adornado con esquemas del padre Gaspar Schotto, de la Compañía de Jesús, 1660]. En estas ediciones la obra apareció como un todo. En el índice general la obra se divide en dos partes: *Iter extaticum coeleste* e *Iter extaticum terrestre*, esquema que corresponde a las dos ediciones romanas. Al final del libro se ofrece un sumario del contenido de *Mundus subterraneus* como advertencia al lector interesado en hurgar todavía más en las ciencias de la tierra.

Así pues, mientras las ediciones romanas separan el relato del viaje cósmico de la exploración del mundo, las ediciones de Wüzburg y Nuremberg los unen y presentan como un conjunto. Una prueba fehaciente de ello es el nuevo título conferido a la obra; esto es, para Gaspar Schott, responsable de la nueva edición, el libro era ya otro. En la página de registro de la edición de Wurzbürg tras el título de la obra se lee lo siguiente: “nec non a mendis, quae in primam Romanam editionem irrepserant, expurgatum, ipso auctore annuente a P. Gaspare Schotto”. [expurgado de los errores que se habían introducido en la primera edición de Roma con el consentimiento del autor por el padre Gaspar Schotto]. Esto quiere decir que, además de las adiciones y comentarios, Schott tuvo cuidado de expurgar el texto de los errores que se habían introducido en las ediciones de Roma. En definitiva, la tercera y la cuarta ediciones presentan una obra nueva y distinta. Ahora bien, ¿cuál de las dos versiones de *Iter extaticum coeleste* conoció sor Juana? Es prácticamente imposible determinarlo con precisión. Que conoció la obra es casi un hecho, aunque no se sepa cuál edición llegó hasta sus manos. Pudieron haber sido todas, o sólo dos o tres.

Una lectura atenta de PS permite determinar un reiterado afán por presentar la información con una estructura tripartita. Para José Pascual Buxó, dicha estructura une al ser humano con el cosmos o, mejor dicho, la fisiología humana es un fiel reflejo de la estructura tripartita del universo. Éste es su comentario:

De manera que si el hombre constituye un verdadero microcosmos y si éste se articula—con arreglo al esquema tolomaico—en tres zonas o esferas: la del orbe sublunar (donde se hallan los cuatro elementos mutables: fuego, aire, agua y tierra); la del sol, los demás planetas y las estrellas fijas (donde todo es regulado e inmutable), y la del Empíreo o sede de la divinidad (...) el cuerpo humano se divide, de conformidad con el universo, en tres zonas bien definidas: la generable (que va del diafragma a lo bajo de las piernas, y en el cual tienen su sede los órganos de la generación y el nutrimento), la de los “espíritus vitales” (en la que se hallan el corazón y los pulmones, los cuales en “perfecta semejanza” con la luna, el sol y los astros participan al cuerpo su “calor vital, la espiritualidad y el movimiento”), y finalmente la cabeza, que es simulacro del mundo intelectual y consta—a su vez—de tres partes: ánima, entendimiento y divinidad”. (“El sueño de sor Juana: alegoría y modelo del mundo” 241)

A JOURNAL OF THE CÉFIRO GRADUATE STUDENT ORGANIZATION

El concepto de la armonía entre el ser humano y el universo no es propiedad exclusiva del barroco. A partir del renacimiento, la figura humana comienza a considerarse la medida de todas las cosas. Según Francisco Rico en *El pequeño mundo del hombre* esta idea de visualizar al ser humano como reflejo del universo es tan antigua como la civilización occidental. En efecto, Rico expone las ideas de los filósofos antiguos, de los alejandrinos y de los padres de la iglesia y demuestra la presencia de esa idea en muchos de los más reputados, entre los que se cuentan Platón y Aristóteles. (11-45) Así pues, el modelo tolomaico al cual alude Pascual Buxó se ajusta al nuevo esquema, y se produce una nueva armonía: aquélla que confieren los números, en este caso, el número tres.

La preeminencia del esquema tripartito de PS es notoria no solamente en el modo de concebir el universo. Es parte esencial de las correspondencias entre los seres que habitan tanto el mundo sublunar, como el supralunar. No es el caso examinar ahora en detalle las correlaciones entre los distintos seres descritos en el poema y su esquema tripartito. Por el momento, es suficiente citar, a guisa de ejemplo, los comentarios de Manuel Durán. Para este crítico, sor Juana hereda de Kircher lo que él denomina "Hermetic connection". Esta conexión hermética, según Durán, consiste en la presencia de elementos egipciológicos en las obras de Kircher y de sor Juana. ("Hermetic Traditions" 2). Más adelante ejemplifica una de las implicaciones del modelo tripartito:

In lines 15 and 16 the number three appears applied to: la diosa / que tres veces hermosa / con tres hermosos rostros ser ostenta and although an allusion to the Trinity cannot be wholly discarded, the threefold nature of Luna-Diana-Proserpina alludes, on the other hand, to the Eleusinian mysteries, whose esoteric search for wisdom has much in common with the Hermetic tradition, and on the other to the god Hermes himself, since Trismegistus means Thrice Greatest. (2)

A decir verdad, Durán cita tan sólo un ejemplo de muchos que se pueden extraer de PS en donde la división tripartita del mundo es más que evidente.

En PS sor Juana favorece el concepto tripartito del universo, idea que sin ser nueva, encuentra nuevas proyecciones en el poema. La existencia de un paralelismo entre esta estructura y la del cuerpo humano es un hecho irrefutable según lo demuestra Pascual Buxó. Queda, sin embargo, un punto importante por discutir: el posible modelo utilizado por sor Juana en su poema. Tras examinar las peculiaridades del *Iter extaticum coeleste* de Kircher, no resulta extraña la insistencia en explicar los paralelismos entre esta obra y PS.

La mencionada obra del erudito alemán es, en realidad, sumamente compleja. Consta de prólogos e introducciones larguísimos, comentarios previos e incluso un capítulo dedicado a examinar los distintos modelos cosmológicos propuestos hasta esa época. De ellos, Kircher selecciona el modelo propuesto por Tycho Brahe entre otras cosas, porque combina las aportaciones de la ciencia experimental—al sustentarse en la observación—con la tradicional visión geocéntrica según la cual, a diferencia de lo que ocurre en el modelo de Kepler, la tierra no pierde del todo su sitio privilegiado como centro del universo.

En su recorrido por las esferas de los distintos planetas el ángel Cosmiel conduce a Teodidacto—cuyo nombre significa “enseñado por Dios”—en orden creciente pasando por la luna, Venus, Mercurio, el sol, Marte, Júpiter, Saturno y el firmamento, es decir, las estrellas fijas. El capítulo final es una disquisición acerca de las dimensiones del universo, de los planetas y de la tierra misma. En la segunda parte, el objeto de estudio, como ya se comentó, se transforma significativamente. Toca el turno al mundo sublunar, es decir, al mundo de lo mutable, lo finito, lo corrupto. Cosmiel y Teodidacto exploran la naturaleza del mundo exterior, del subsuelo y del mar. La composición de la obra de Kircher presenta una singular estructuración relacionada con el esquema tripartito propuesto por sor Juana en PS. En efecto, Kircher divide su objeto de estudio—el universo—en tres partes: el mundo supralunar, el mundo exterior y el mundo interior, dividido a su vez en el mundo subterráneo y el marino. Al primero le dedica dos terceras partes de su obra, aproximadamente. A los otros dos les corresponde tan sólo el último tercio del libro. ¿A qué obedece semejante desproporción? Es difícil saberlo. A primera vista parece osado aventurar la hipótesis de que Kircher tuvo la idea de escribir solamente la primera parte de su obra y, ante la inminente publicación de su *Mundus subterraneus*, aprovechó los personajes que había creado en la primera parte para continuar con la ficción del rapto extático en el mundo sublunar y de este modo adelantar a sus lectores el contenido de uno de sus próximos títulos. Esto explicaría el año de diferencia entre la publicación de la primera y la segunda parte, aunque tampoco se puede descartar una situación ajena por completo al autor.

Sin embargo, sean cuales fueren las razones que movieron a Kircher a dividir su obra en forma tan singular, lo importante es la lectura que su discípulo Schott hizo de la misma. Como se comentó antes, Schott unió las dos partes y les confirió una envoltura más uniforme. Las partes continúan, claro está, con la misma extensión, pero al menos el universo se visualiza de forma distinta, pues los personajes lo exploran como un todo armónico. El viaje comienza, curiosamente, a la mitad del camino—en la esfera de la

A JOURNAL OF THE CÉFIRO GRADUATE STUDENT ORGANIZATION

luna—y tiene un carácter centrífugo, pues termina en la esfera de las estrellas fijas. En la segunda parte, el recorrido sigue un esquema centrípeto: de la parte externa de la tierra hasta el subsuelo. Schott le devolvió al libro de su maestro la cohesión que las ediciones de Roma, de algún modo, le habían negado.

Al seguir la división tripartita del hombre y del universo en PS sor Juana favoreció la lectura personal hecha por Schott de la obra de Kircher. Naturalmente, es imposible asegurar que sor Juana siguió una determinada edición de *Iter extaticum coeleste* como una de las posibles fuentes de PS. Sin embargo, hay elementos que sugieren la posibilidad de una predilección personal. Muy posiblemente, sor Juana conoció y apreció las ediciones de Würzburg y de Nuremberg y, tal vez, éstas le infundieron la idea de plasmar en su obra la visión de un universo dividido en tres partes. En conclusión, sor Juana realizó asimismo una interpretación personal de la obra de Kircher, o por lo menos esa actitud se refleja en la estructura tripartita de PS. En el pasado, algunos críticos habían hecho hincapié en la importancia de *Iter extaticum coeleste* pero, por lo visto, existen elementos que sugieren la preeminencia de las ediciones posteriores de esta obra del jesuita alemán en PS.

Obras consultadas

- Cruz, sor Juana Inés de la. *El sueño*. Ed. Alfonso Méndez Plancarte. 2ª. ed. Toluca: Instituto Mexiquense de Cultura / UNAM, 1995.
- . *Obras completas*. Ed. Alfonso Méndez Plancarte. 4 Vols. México: Instituto Mexiquense de Cultura / Fondo de Cultura Económica, 1997.
- Durán, Manuel. "Hermetic traditions in Sor Juana's *Primero sueño*." *University of Dayton Review* 16.2 (1983)/ Yale University, March, April 1999: 1-9. (Second reprinting supervised by the author)
- Kircher, Athanasius. *Iter extaticum coeleste, quo mundi opificium, id est, Coelestis Expansi, siderumque tam errantium, quam fixorum natura, vires, proprietates, singulorumque compositio & structura, ab infimo Telluris globo usque ad ultima Mundi confinia, per ficti raptus integumentum explorata, nova hypothesi exponitur ad veritatem, interlocutoribus Cosmie et Theodidacto: Hac secunda editione Praelusionibus & Scholiis illustratum; ac schematicis necessariis, qui deerant, exornatum; nec non a mendis, quae in primam Romanam editione irrepserant, expurgatum, ipso auctore annuente, P. Gaspare Schotto regiscuriano e Societate Jesu, olim in Panormitano Siciliae, nunc in Hiperbolitano Franconiae Gymnasio ejusdem Societatis Jesu Matheseos Professore. Accésit ejusdem auctoris Iter Extaticum Terrestre, Synopsis Mundi Subterranei*. Herbipolis (Wurzburg): Joh. Andr. & Wolffg. Jun. endterorum haeredibus, 1660.
- Godwin, Joscelyn. *Athanasius Kircher. A Renaissance Man and the Quest for Lost Knowledge*. Londres: Thames and Hudson, 1979.
- Gómez de Liaño, Ignacio. *Athanasius Kircher. Itinerario del éxtasis o las imágenes de un saber universal*. Madrid: Siruela, 1990.
- Osorio Romero, Ignacio. *La luz imaginaria: epistolario de Atanasio Kircher con los novohispanos*. México: UNAM, 1993.

Rico, Francisco. *El pequeño mundo del hombre. Varia fortuna de una idea en las letras españolas.*
Madrid: Castalia, 1970.